

Borges y Bioy: la normativa del *buen gusto*

Ángela Di Tullio

INTRODUCCIÓN

Los escritos de Borges sobre la lengua son relativamente escasos y acotados casi todos a su época juvenil. Entre los temas favoritos, algunos son de orden filosófico; otros referidos al “idioma de los argentinos”, expresión que le evita mencionar el hiperónimo *español* o emplear el término *dialecto*, aunque evoque a Abeille y su denostado *El idioma nacional de los argentinos* (1900) —dificultades con las que no se enfrentaba Roberto Arlt al usar la misma expresión en la aguafuerte homónima porque le bastaba el léxico de Buenos Aires para probar la existencia de una lengua propia. La restricción del término al ‘matiz de diferenciación’ —al menos como realidad, no como esperanza— le permite mantenerse a una prudente distancia de los gramáticos hispanistas, que desde 1880 ocupaban el espacio privilegiado de dómines indiscutidos en materia normativa tanto desde la cátedra en los colegios secundarios como en la corrección de los principales diarios porteños, y de los escasos intelectuales que adherían a la tesis rupturista. El objetivo de los primeros era borrar toda disidencia que distinguiera el habla rioplatense; el de los segundos, ampliar el alcance de esas disidencias. Borges propone una solución personal al dilema en el sentido estricto del término ya que, por una parte, desbarata las precedentes —atacando especialmente a la hispanista, y, por la otra, comienza a construir una normativa propia.

Desde la década del 40 Bioy Casares se incorpora a esa labor intelectual, como interlocutor en sus asiduas conversaciones y como coautor en obras compartidas. El tema de la lengua figura recurrentemente en observaciones y reflexiones dispersas en las conversaciones que mantuvieron durante casi cuarenta años (2006) o en la sección de *idiomáticas* del diario íntimo de Bioy (2001). Por lo

general se trata de comentarios puntuales, de interés para conocer los usos y costumbres del habla de la Buenos Aires junto con la valoración que les otorgan. Entre las obras compartidas, interesa en particular *Seis problemas para don Isidro Parodi* por la rica descripción del habla de diferentes sectores de Buenos Aires en clave satírica; como se sabe, el efecto de comicidad verbal no es inocente.

LA NORMATIVA Y SU DOBLE FUNCIÓN CONSERVADORA

La normativa era parte esencial de la gramática tradicional, que se definía como el arte de hablar y, sobre todo, de escribir correctamente. Además de su función básica de preservar la lengua delo que se consideraba su factor disolvente, el cambio lingüístico, se le asignaba otra decisiva para la vida social: la de mantener las jerarquías sociales a través de una estricta correspondencia con los usos lingüísticos; de hecho, el adverbio *correctamente* se interpretaba con referencia a la gente educada, con exclusión de los sectores populares.

La lingüística del siglo XX la desdeñó por su carácter acientífico, prescindente de la objetividad y de las pruebas de la metodología de las ciencias. Más bien, su fuerza reguladora se basa en criterios políticos, sociales, estéticos; en efecto, se construye a partir de opiniones, de gustos, de prejuicios, legitimados por provenir de una institución a la que el poder político le otorgó la autoridad —las academias— o, más informalmente, de quienes son reconocidos como hablantes o escritores destacados, como es el caso de Borges y Bioy Casares, que, además, pertenecían a la élite social y cultural.

En la Argentina la necesidad del control social a través de la normativa se hizo perentoria a fines del siglo XIX. La inmigración había convertido a Buenos Aires en babel, Gringópolis, el caos. En este ‘mundo al revés’, la movilidad social destruía las jerarquías sociales e invertía los valores; por eso, se multiplican las categorizaciones para identificar a esos *parvenus*: los *cursis*, que *hablan al tuntún* confundiendo

formas y significados, el *escritor-masa*, cuyas deficiencias en la lengua escrita se debían a una lengua hablada pobre, insegura (Amado Alonso, “El problema argentino de la lengua” (1935), no debían ser confundidos con los verdaderos *distinguidos*, los “argentinos sin esfuerzo”, que poseían la lengua hablada y escrita como bien familiar.

Esa tarea normativa, en su doble función conservadora, quedó en manos de gramáticos españoles —Monner Sans, Atienza y Medrano, García Velloso, entre otros. Con la queja constante sobre lo mal que se hablaba y se escribía en la Argentina acometían contra las disidencias entre la variedad local y la norma castellana. En sentido inverso, quienes veían en las variedades marginales —el orillero, sociolecto de los criollos, y el lunfardo, argot de los malvivientes— reconocían en esos rasgos el germen del idioma nacional.

En *El idioma de los argentinos* (1928) Borges resuelve el dilema adhiriendo a una genealogía literaria de criollos cultos —E. Echeverría, D.F. Sarmiento, V. F. López, L. V. Mansilla, E. Wilde, cuya escriturase acordaba con el habla argentina:

“Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue una arrogancia orillera ni un malhumor. Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia” (1928, p. 29).

A partir del criterio de la fidelidad de la escritura a la oralidad¹, Borges construye su propia normativa, basada en el buen gusto, al que opone varios antimodelos, ficticios y reales: entre los primeros, Carlos Argentino Daneri en “El Aleph”; entre los segundos, los hispánicos

¹El matiz de diferenciación que Borges distinguía la pronunciación argentina, que en sus obras juveniles quedaba reflejado en la ortografía, así como su consciencia de modelo lingüístico, se aprecian en este comentario: “No hay argentino culto que pronuncie la equis de *explicación* o que la silencie en *examen*. Tampoco ‘oservo’ en mí la menor tendencia a escamotear la be de *observar* y sí la costumbre de ignorar la ene de *transcribir*” (p. 414, *Textos recobrados*).

—como Américo Castro (1941) u Ortega y Gasset, a quien acusa de “perversión del gusto” (Bioy, 2006, p.178)- y los orilleros.

En el prólogo de su *Breve diccionario del argentino exquisito* (1978), Bioy propondrá un criterio similar al definir el arte de escribir: “El que dice lo que se propone, de manera eficaz y natural, con el lenguaje corriente de su país y de su tiempo, escribe bien” (1978. p. 10)². El autor evita precisar la acostumbrada referencia sociocultural asociada a *correctamente* en las gramáticas: “entre la gente culta”; la movilidad social ha trastocado la correspondencia entre el criterio social y el cultural: “Debemos casi todas las palabras de este diccionario a gente supuestamente culta”.

DOS ARGENTINOS SIN ESFUERZO

Para cumplir con la normativa impuesta a la lengua escrita, de proximidad con la hablada, se imponían requisitos en la labor del escritor, además de ciertas condiciones personales. Un programa minimalista del léxico requería su rigurosa selección, que no solo consistía en la tarea de eliminar voces innecesarias, es decir, en “eludir los sinónimos, que tienen la desventaja de sugerir diferencias imaginarias; eludir hispanismos, argentinismos, arcaísmos y neologismos” (Prólogo de *Elogio de la sombra*, 1969, O.C., 975), sino también en elegir las palabras simples y desechar las derivadas o las perífrasis. A estas categorías pertenecen los términos rechazados en su reducción consciente del vocabulario (Epílogo de *Obras Completas*. 1974):

Groussac y Reyes le enseñaron a simplificar el vocabulario, entorpecido entonces de curiosas fealdades: *acomplejado, agresividad,*

² Coincide con el criterio humanista de Juan de Valdés en *Diálogo de la lengua* (1535): “El estilo que tengo me es natural, y sin afectación ninguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y digo loquanto más llanamente me es posible, porque a mi parecer en ninguna lengua stá bien la afectación”

alienación, búsqueda, concientizar, conducción, coyuntural, generacional, grupal, negociado, promocionarse, recepcionar, sentirse motivado, sentirse realizado, situacionismo, verticalidad, vivenciar (1144).

Muchos de estos vocablos reaparecen en el diccionario de Bioy, quien dice haberlos tomado del discurso de políticos y profesionales que aspiraban a destacarse por un vocabulario afectado y pretencioso³:

Agresivo: “Mediante promoción agresiva, nuevo laxante conquista mercados” (aviso de una agencia de publicidad).

Búsqueda: Más fino que busca. Ni el poema de Borges, ni el libro de Baroja se titulan *La búsqueda*.

Verticalidad: “Convivamos en la mayor camaradería y francachela” nos exhortó nuestro jefe “manteniendo, eso sí, el principio de verticalidad” (Ursino. *Tamaño realidad*).

El léxico personal queda acotado no solo por su simplicidad morfológica y por su número reducido sino también por su estética. En sus disputas con los escritores de Boedo, los martinfierristas les reprochaban su “jerga abominablemente ramplona, plagada de italianismos” y de otras palabras de mal gusto, como *masturbación, piojos, prostitución, pelandruna, que lo parió, placas sífilíticas*, etc” (*Martín Fierro*, N° 8-9, septiembre de 1924).

Sin embargo, la principal ventaja sobre esos escritores era la fonética: la “fe en la fonética”, que proclamaban los martinfierristas en su Manifiesto de 1924, resultaba un criterio confiable para distinguir a los verdaderos argentinos, los “argentinos sin esfuerzo”, de los escritores de origen inmigratorio a los que le quedaba su ‘pronunzia exótica’. La deformidad de la pronunciación será un tópico recurrente en las conversaciones recogidas por Bioy: por ejemplo, al mencionar al actor

³La mayor parte de estas voces mantienen su vitalidad; probablemente incluso haya aumentado el ritmo de incorporación de neologismos, como se desprende del diccionario *1300 neologismos de la prensa argentina* de A. Adelstein, I. Kuguel y G. Resnik.

Francisco Petrone. Borges acota “un criollo sibilante que habla al itálico modo: casi un soneto” (p.367), de Battistessa dice: “habla con un acento italiano que voltea. Es una forma blanda, desagradable” (p.1140). En la misma línea, Bioy defendía “una fonética de clase, que me distingue” (2006, 13.07.69).

El léxico minimalista y la fonética de clase se corresponden en el terreno de la gramática con la diáfana construcción sintáctica, que aborrece del cliché y pondera el ritmo de la frase, asociado a la oralidad, para dirigir la escritura. Así, según Bioy, en el trabajo conjunto él era más exigente que Borges en cuestiones gramaticales: “por lo menos en cuanto a ambigüedades sobre el sujeto, a repeticiones de palabras y aun a acumulación de sibilantes. En lo que no transa es en una frase que suene mal, demasiado corta o demasiado larga (para el oído): ‘Está mocha’, ‘Está pesada’, no deja de señalar” (2006, p. 1000).

EL MAL GUSTO DE LOS OTROS

En *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942) J. L. Borges y A. Bioy Casares —bajo el pseudónimo de Honorio Bustos Domecq— ejercitan el rigor del cuento policial clásico para trazar una representación paródica de la polifonía discursiva porteña. En cada episodio uno o más personajes le exponen su versión de los hechos al detective, don Isidro Parodi, recluido en la celda 273, quien lo resuelve. A pesar de las diferencias sociales y culturales de los sucesivos personajes —el periodista deportivo Aquiles Molinari, el actor y académico Gervasio Montenegro, el poeta José Formento y su maestro Carlos Anglada, el hispanista Mario Bonfanti, el compadrito Tulio Savastano y el sinuoso doctor Shu T’ung, todos coinciden en una serie de rasgos: una verbosidad vanidosa, un léxico rebuscado y altisonante, abundancia de clichés y de extranjerismos, además de una zona difusa entre el error directo y la hipercorrección.

Estas características compartidas, que se ilustran profusamente, inducen a leer la obra en su conjunto como un prontuario del mal gusto, un kitsch con dos versiones: la de los que presumen de cultos —Montenegro, Anglada, Bonfanti y Shu T'ung— y los populares: Molinari, Formento y Savastano. En ambos sectores abundan marcadores sociolingüísticos privilegiados en las opciones léxicas, gramaticales y discursivas de los personajes, en contraste con el estilo llano y lacónico del detective Parodi.

Así, el ubicuo Gervasio Montenegro, que además de aparecer como autor de la Palabra liminar, es el protagonista de “Las noches de Goliadkin”, pero también interviene en “El dios de los toros” y en “La prolongada busca de Tai An”, hace gala de un vasto vocabulario, en el que alternan palabras rebuscadas y altisonantes con otras propias de registros coloquiales:

“Vigoroso alambre chanchero de metro y medio separa nuestra propiedad de un hueco vecino: uno de esos pintorescos *baldíos*, para emplear el insustituible vocablo criollo, que aún perduran invictos en el corazón de la urbe y donde el gato del barrio acude tal vez a buscar las hierbas curativas que mitigarán sus dolencias de huraño *célibataire* de las tejas” (*Obras completas compartidas*, 102).

El brillo de su exuberante léxico hiperculto, desmentido por el vulgar *chanchero*, sus aires mundanos de *clubman* del *Salón Doré*, que festeja sus triunfos con el Champagne El Gaitero, los clichés antisemitas, su supuesto protagonismo en el tren, que Parodi desbarata: “un paisano nuestro, medio botarate, un actor”, son recursos paródicos con los que se ponen en evidencia la cursilería y la falsedad de un tipo de discurso socialmente exitoso. De manera directa, en las conversaciones con Bioy, Borges se queja del efecto nocivo de la crítica literaria, que “contribuye a la ignorancia, a que la gente se acostumbre a leer sin comprender” (2006, 132).

También en los discursos del grupo popular se encuentran algunas expresiones “exquisitas”, como *inveterado, comedirse, facultativo, trepidar*, incluidas en textos que imitan discursos sociales, como el periodístico: “A pesar de la encomiable intervención de la seccional de Bomberos, el inmueble fue pasto de las llamas habiendo perecido en la combustión su propietario, el distinguido miembro de la colectividad siriolibanesa... El origen de la magna conflagración quedaba por aclarar”, en el que abundan las frases hechas y los sinónimos para evitar la repetición. Frente al galicismo de los cultos, aquí predominan los italianismos: *grosso modo, chimento, cocoliche* y las frases que marcan el habla de las clases populares urbanas: *como quien dice, voy y me fijo, hecho una miseria, como si tal cosa, le da la loca, una biblioteca fenómeno, un chimento bomba*, además de los errores léxicos, como *te prometo* por ‘te juro’, y gramaticales, como el uso del artículo con nombre propio *la Juana Musante* o la apócope del adjetivo femenino *la primer carta*⁴. La fanfarronería del compadrito se pone de manifiesto en expresiones de autoridad autorreferenciales: *Pero es lo que yo siempre digo..., Aquí donde me ve...*, a veces000000000000000000000000 oculto con un sustituto de tercera persona: “No me acaloro por un simple centavo. El tipo estudia, toma soda y, cuando le conviene, da el zarpazo” —aunque poco después confiesa su cobardía.

No son estos los únicos discursos de los *Seis problemas*. Los de mujeres están representados por la maestra Adelma Badoglio, encargada de la semblanza personal de Bustos Domecq, y por Mariana Ruiz Villalba de Muñagorri, la Moncha, que prodiga términos hiperbólicos característicos propios del habla femenina de la clase alta: *qué amor de cuartito, un horror de biombos, muy genial, un libro bestial...*

Seis problemas para don Isidro Parodi parece confirmar, entonces, la queja de los hispanistas sobre lo mal que se habla en Buenos Aires,

⁴A pesar de que este “error” es sumamente extendido y prácticamente aceptado, resulta significativo que aparezca precisamente en el habla de Molinari, lo que confirma una actitud de cauto respeto, no exento de ironía, hacia la gramática: “Yo he procurado, en los pormenores verbales, siempre atenerme a la gramática (arte ilusoria que no es sino la autorizada costumbre)” (“El idioma infinito”).

claro que en clave paródica: allí desfilan los cursis, los que hablan al tuntún o los escritores-masa, presentados a veces irónicamente, otras con sarcasmo, por quienes, en su condición de “arbitrielegantiarum”, es decir, de argentinos sin esfuerzo, plasman en su normativa personal valores idiomáticos, literarios e ideológicos, discutibles y arbitrarios como lo son las valoraciones, pero coherentes con una práctica en la que demostraron su eficacia. De hecho, se dan el gusto de mostrar a sus detractores la fineza de un oído capaz de percibir y reproducir el habla de los otros.

Referencias bibliográficas

Abeille, Lucien (1900) *Idioma Nacional de los Argentinos*. París. Libraire Emile Bouchon.

Adelstein, Andreína, Kuguel, Inés y Resnik, Gabriela (2008) *1300 neologismos de la prensa argentina*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Alonso, Amado (1935) *El problema de la lengua en la Argentina*. Madrid. Espasa Calpe.

Bioy Casares, Adolfo (2001) *Descanso de caminantes. Diarios íntimos*. Buenos Aires: Sudamericana.

Bioy Casares, Adolfo (2006) *Borges*. Buenos Aires: Ediciones Destino.

Borges, Jorge Luis (1974) *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.

Borges, Jorge Luis (1926) *El tamaño de mi esperanza*. Madrid. Alianza. 1998.

Borges, Jorge Luis (1928) *El idioma de los argentinos*. Madrid. Alianza. 1998.

Borges, Jorge Luis (2007) *Textos recobrados (1919-1929)*. Buenos Aires. Emeccé.

Borges, Jorge Luis (1997) *Obras completas en colaboración*. Buenos Aires. Emeccé.

Revista Martín Fierro. 1924-1927. Edición facsimilar. Buenos Aires. Fondo Nacional de las Artes. 1995.